

ENTENDER DESDE EL EXILIO.
MAX AUB
Y SU EXPLICACIÓN DE FRANCIA*

Rosa María NAVARRO ROMERO
Universidad Autónoma de Madrid

* Este trabajo es resultado de investigación realizada del proyecto «MiRed (Microrrelato hipermedial español e hispanoamericano (2000-2020). Elaboración de un repositorio semántico y otros desafíos en la red», RTI2018-094725-B-I00 (Financiación: FEDER/ Ministerio de Ciencia e Innovación – Agencia Estatal de Investigación) y del proyecto de I+D+i ANALOGIA, con referencia PGC2018-093852-B-I00 del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades.

Hay tres clases de hombres:

A) Los que cuentan su historia.

B) Los que no la cuentan.

C) Los que no la tienen.

Max Aub, *Manuscrito cuervo*.

Los años me han abierto a la comprensión.

Max Aub, *Crímenes ejemplares*.

Max Aub fue un creador polifacético e inagotable, con una cultura amplísima y un bagaje existencial único. Pero, sobre todo, fue un autor con una capacidad de observación profunda que buscó siempre, a través de la escritura, comprender el mundo que lo rodeaba y explicarlo a los demás: «Quisiera escribir como el Larra de ciertos artículos, lo único que me importa es comprender¹». Sus textos fueron siempre un espacio para la reflexión personal y sirvieron para dar testimonio de su vida y del contexto histórico, político y social que la enmarcó. Toda su obra demuestra una gran preocupación por la época que le tocó vivir, en especial por la situación política, de la que no solo fue testigo, sino también víctima:

No hay escritor de nuestro tiempo que no refleje –más tarde o más temprano, de una manera u otra– las inquietudes del tiempo. La misma literatura pura no fue más que una reacción en contra del arribo feroz de la política en todos los ámbitos².

Precisamente por eso, tampoco su labor como ensayista podía desligarse de este aspecto, como demuestra, entre otras muchas obras,

1. Max Aub, «Max Aub», *Cuerpos presentes*. [Ed.] J. Carlos Mainer. Segorbe: Fundación Max Aub, 2001, p. 278.
2. Max Aub, *Diarios (1939-1972)*. [Ed.] M. Aznar Soler. Barcelona: Alba, 1998, p. 236.

su *Discurso de la novela española contemporánea* (1945). Una de las constantes de su escritura fue la búsqueda de la verdad, búsqueda que llevó a cabo tanto en sus creaciones literarias como en los textos de crítica y ensayo. Sirva como ejemplo Paulino Cuartero, uno de los personajes de *Campo abierto*, que afirma: «La felicidad consiste en la acción que dice Aristóteles, y no hay mayor acción que la que lleva a uno hacia la verdad³». Para Aub no existe arma «tan potente, a la larga, como la verdad⁴». Esta convicción, unida a la ya mencionada necesidad de comprender su tiempo, a su gran capacidad de observación y análisis y, por supuesto, a su condición de exiliado y su trayectoria vital, hacen de Max Aub, además de un gran autor literario, un cronista excepcional de su época.

Max Aub estuvo siempre muy vinculado a numerosas revistas y periódicos, bien como columnista, director, colaborador o lector empedernido. Su interés fundamental, en principio, se encontraba en el ámbito de la cultura y la literatura. Pero después, su compromiso político le llevó a redactar numerosos textos en los que aportaba una visión clara –personal pero concienzuda– sobre las cuestiones políticas e histórico-sociales de su tiempo. Evidentemente, muchos de sus artículos –y gran parte de su obra literaria– giran en torno al conflicto español: «Aub, escritor separado a la fuerza de su tierra, quiso encontrar, como hombre de letras, una explicación a la trágica anomalía del enfrentamiento civil y del exilio⁵»; pero Francia fue la otra gran protagonista de sus textos. Sobre todo, durante el exilio en México, su mirada estuvo muy pendiente de la vida política francesa, lo que le llevó a elaborar bastantes artículos periodísticos en los que puso de manifiesto su agudeza para interpretar los cambios que se habían producido en su país natal.

En este trabajo pretendemos profundizar en la relación del autor con Francia desde su condición de exiliado, pero no como escritor de ficción, sino como articulista y cronista de la época. Concretamente, revisaremos una serie de artículos periodísticos, publicados entre

3. Max Aub, *Campo abierto*. Madrid: Alfaguara, 1978, p. 424.

4. Joaquina Rodríguez Plaza y Alejandra Herrera, *Antología de textos y poemas breves de Max Aub*. México: UAM, 1993, p. 58.

5. Max Aub, *Discurso de la novela española contemporánea*. (Ed.) Fran. Caudet Segorbe. Fundación Max Aub, 2004, p. 19.

1938 y 1959, que sintetizan, en nuestra opinión, ese vínculo con Francia, el país al que escribe y describe, y que no solo representa para él un paisaje o el lugar de su niñez: Francia simboliza los grandes ideales anhelados por Aub, la esperanza en el progreso y la cultura, en el racionalismo y las humanidades. De ahí su dolor ante la caída de los mismos y el fuerte sentimiento de abandono que emerge de sus textos.

¿A quién pide Aub atención? ¿Quién o qué es esa Francia? Max Aub nace en París, en 1903, y pasa allí sus primeros años de vida. Es un niño que recibe una buena educación y que empieza a sentir desde muy pequeño una gran devoción por los libros. Conoce y tiene acceso a diferentes lenguas: el francés –su lengua y la de su madre–, el alemán –lengua de su padre– y también el español, que le despierta mucha curiosidad porque es la lengua que usan sus padres cuando quieren tener conversaciones privadas⁶. Durante sus años de infancia visita museos, va al teatro, aprende latín y, sobre todo, se convierte en un gran lector. Ese tiempo transcurrido en París es determinante para su formación intelectual y le marca profundamente: no es Francia, como veremos, sino París, entendida como símbolo de la cultura y el progreso, la ciudad a la que siempre querrá regresar.

Cuando estalla la guerra, en 1914, él cuenta con 11 años. La familia se encuentra entonces pasando una temporada en el campo, en Montcornet, donde gozan de gran popularidad. Sin embargo, de la noche a la mañana se convierten en «sales boches» y en «sales juifs» sin ser ni una cosa ni la otra⁷. Ante las amenazas que empiezan a recibir y el peligro que corren en su país, no tienen más remedio que huir a España sin nada, dejando todas sus pertenencias en Francia (donde se subastarán más tarde como bienes pertenecientes al enemigo). Comienza entonces esa búsqueda de la verdad que impregnará toda la obra de Aub: «Y mi despedida, en Montcornet, de un amigo

6. Los datos biográficos de Max Aub están recogidos en la excelente obra de Gérard Malgat, *Max Aub y Francia o la esperanza traicionada*. [Trad.] Jaime Céspedes Gallego. Sevilla: Renacimiento, 2007.

7. Es cierto que su padre era alemán y no había renunciado a la nacionalidad, pero llevaba mucho tiempo viviendo en París. Además, cuando estalló la guerra se encontraba en España y decidió permanecer ahí para no luchar en contra de Francia. La situación familiar era curiosa: su familia materna estaba luchando en el ejército francés; la paterna, en el alemán.

—¿quién sería?— : voy a España, allí podré saber la verdad. (La verdad de lo que pasaba en los *campos de batalla*, como todavía se decía)⁸. Y, en una serie de entrevistas realizadas por André Camp, dirá:

Entonces había un problema que me preocupaba mucho cuando pasé la frontera. Pensé: al fin voy a saber la verdad. Voy a un país neutro, así que podré saber lo que pasa en Alemania, lo que pasa en Francia. Voy a saber la verdad. Y aunque los franceses y los alemanes tenían toda la libertad para hacer llegar sus noticias, nunca me enteré de la verdad⁹.

Empieza así una vida española que acabará con otra guerra y otro exilio en 1939. Aub ingresa en el instituto y, paralelamente, recibe clases en la Escuela Moderna, única institución que no está dirigida por sacerdotes. Su formación intelectual continúa: estudia, va al cine, al teatro, lee en español y en francés y se integra sin problemas en su nueva realidad:

Nunca encontré en España la menor dificultad por ser considerado francés o alemán y nunca fui considerado desde ese punto de vista como alguien inferior. Muy al contrario, siempre estuve en igualdad de condiciones. La situación geográfica de España explica esta manera de ser de la gente; los judíos y los árabes y los ibéricos —si los hubo— formaron un pueblo que tiene enormes defectos, pero que no tiene el de creerse superior a los otros¹⁰.

Con el paso de los años va adquiriendo una cultura heterogénea y rica que se ve reforzada cuando acaba sus estudios en el instituto y decide no ir a la universidad: su profesión de comerciante le hace recorrer España durante doce años, lo que le aporta una gran visión y conocimiento de los españoles, sus costumbres y su forma de ser. Pero, además, en sus viajes no solo trabaja, sino que también es asiduo a las tertulias literarias, lo que le lleva a relacionarse con grandes escritores, muchos de los cuales serán más tarde compañeros de exilio, como Jorge Guillén o Pedro Salinas.

⁸ Max Aub, *Diarios (1939-1972)*, op. cit., p. 355.

⁹ Germain Malgat, op. cit., pp. 31-32. André Camp realizó seis entrevistas grabadas por France Culture en 1967.

¹⁰ Aub, op. cit., pp. 36, 37.

¿Y París? Vuelve siempre que puede —la primera vez en 1924—, porque tiene un gran vínculo intelectual con la capital francesa y está muy interesado, sobre todo, en los dramaturgos franceses (de hecho, el teatro fue siempre uno de los grandes objetivos de Aub). Pero no solo visita Francia, sino que realiza pequeños viajes a otras ciudades europeas, muchas veces motivado por cuestiones teatrales y por su vocación de dramaturgo.

Por otro lado, para él son fundamentales las revistas: lee toda la prensa que puede y está al día de lo que ocurre en Europa. Pero, en esos momentos, lo que le interesa es la cultura, no la política. Es cierto que se afilia al PSOE en 1929, pero sin implicarse demasiado en la acción política: prefiere las actividades literarias y artísticas, sobre todo las que tienen que ver con el teatro, como hemos mencionado antes. De hecho, es su afán por revitalizar la escena teatral española lo que le lleva a implicarse realmente en la política: en 1936 redacta un texto dirigido a «Su Excelencia el presidente de la República don Manuel Azaña y Díaz, escritor», titulado «Proyecto de estructura para un Teatro Nacional y Escuela Nacional de Baile», con el que busca la intervención del Estado español en este asunto¹¹. Pero no es hasta el golpe de Estado de 1936 cuando Max Aub se compromete completamente con la política y la lucha antifascista. También en esa época comienza a dirigir el periódico valenciano *Verdad* y a estar en continua relación con la Embajada de España en París.

En 1937 Aub es delegado cultural y comisario adjunto de la «Exposición internacional de artes y técnicas en la vida moderna» en París, donde va a trabajar en el ámbito cultural, pero también en el propagandístico. Se suceden entonces numerosas reuniones en París para hacer llamamientos en favor de la República española y Aub participa en algunas de ellas. También tiene la oportunidad, entre otras muchas acciones, de pronunciar un discurso junto a José Bergamín, en calidad de dramaturgo, representando a España en el décimo Congreso Internacional de Teatro. Max Aub está ya totalmente comprometido e implicado en diversas acciones y, como consecuencia, comienza a ser vigilado. Participa en actividades del Frente Popular, conoce a intelectuales franceses e interviene en el

11. Manuel Aznar Soler, *Max Aub y la vanguardia teatral (escritos sobre teatro, 1928-1938)*. Valencia: Universitat de València, 1993.

movimiento llamado «popularización cultural». Aub empieza a molestar y, de hecho, alguna de sus intervenciones en veladas tanto propagandísticas como artísticas de la época, serán motivo de informe, de detenciones y encarcelamiento entre 1940 y 1942.

En 1938, año de rodaje de *Sierra de Teruel* junto a Malraux, la guerra está en pleno auge y la situación es insostenible. El 22 de abril Max Aub publica en *La Vanguardia* una llamada de auxilio, un artículo titulado «Las cosas como son. Escúchame, Francia...», que supone un toque de atención al país, sobre todo por su pasividad ante la Guerra Civil, por cobardía o acomodo. Le recuerda a su Francia natal que históricamente las dos naciones han estado relacionadas, para bien o para mal. El paisaje y la geografía marcan el comienzo del discurso:

No hay cosa como un mapa. Se lo planta uno delante y puede dejarse ir por el vértigo, hablarle como a persona conocida de tiempo; [...] Se puede uno dar el gusto de ser profeta sobre una materia tan viva y eterna como es la Geografía, una ciencia que no engaña. [...] Los continentes son firmes, las fronteras aleatorias. [...] Un país lleva sus límites como sus modas: una temporada¹².

Se dirige a Francia como a una persona de carne y hueso, como a una vieja amiga por la que siente afecto, y la define como inconfundible (su campo, su gastronomía, sus comedias...). Francia es como el «ideal del Felipe de “La revoltosa”: ni muy alta, ni muy baja; ni muy lista ni muy tonta. En el fondo lo que tú eres es la verdad, la medianía: ni el vivir a ultranza, llevado por un ideal remoto, ni el bien, pero sí el bien vivir¹³». Pero la cobardía ha desacreditado al país: «Y no te atreves, y tanteas un modo, pruebas un camino, te asustas y vuelves atrás¹⁴». Aub profetiza que España ganará la contienda y entonces Francia perderá su grandeza y la oportunidad de tener un futuro ante Europa y América por sus titubeos, porque no solo se está jugando el futuro de España en esta guerra:

Y si consintieras que se viniese a perder este primer «round» de nuestra guerra —que no sucederá, porque somos los más,

12. Max Aub, «Escúchame, Francia...», *La Vanguardia*, 22-04-1938, p. 3.

13. *Idem*.

14. *Idem*.

los mejores y tenemos la razón—, entonces verías cómo los Pirineos alzaban sus cumbres de modo inverosímil, [...] porque aquí se juega no sólo el mañana de Europa, sino el de nuestra América, [...] No es sólo tu libertad, el verte reducida mañana a un rango secundario en el mapa y la historia de Europa: es también tu hundimiento en las otras partes del mundo lo que te juegas en tus titubeos¹⁵.

Max Aub piensa aún que Francia intervendrá en la Guerra Civil en contra de la Dictadura, pero lo cierto es que han pasado dos años y él ya está dolido y disgustado. Ofrece, mediante esta llamada, una última oportunidad al país vecino que lo vio nacer para reaccionar. Al principio lo hace recordando lo que han sido los dos países y, al final, con cierto tono de amenaza, ante un futuro demócrata que dejará, inevitablemente, relegada a Francia. Su mensaje se sintetiza claramente y con fuerza en las palabras finales: «Nosotros no titubeamos. Aquí morimos aguardándote. Te hablo, sé que me oyes, pero no sé si me escuchas: por nosotros y por ti, lo deseo de todo corazón¹⁶».

Pero Francia no responde, como tampoco lo hizo antes. Y es que este artículo no fue la primera llamada de Max Aub a la solidaridad, pues ya lo había hecho antes participando en reuniones de propaganda y tomando la palabra junto a André Malraux o Rafael Alberti, entre otros. Por otro lado, el discurso pronunciado en el décimo Congreso Internacional de Teatro, mencionado anteriormente, según Malgat: «Por su contenido, [...] no es solamente el de un dramaturgo, sino una nueva etapa de implicación de Aub en la política cultural de la Segunda República¹⁷». Sin embargo, como él mismo señala, Francia le oye, pero no le escucha.

A finales de enero de 1939, Aub y todo el equipo de rodaje de *Sierra de Teruel* tienen que salir rápidamente de Barcelona, debido al avance de las tropas franquistas. El escritor cuenta entonces con un pasaporte diplomático que obtuvo cuando fue nombrado comisario adjunto de la Embajada de España en París, lo que le permite cruzar

15. *Idem*.

16. *Idem*.

17. Gérard Malgat, *op. cit.*, p. 70.

la frontera varias veces para traer a Francia una maqueta de un avión necesaria para terminar de rodar la película en París¹⁸.

Instalado ya en la capital francesa, Max Aub necesita los documentos para regularizar su situación, pero no los consigue. De modo que vive en una situación precaria, ya que ha dejado todas sus pertenencias atrás (de nuevo, aunque esta vez en España) y apenas tiene ingresos. En Francia es considerado extranjero, activista e incluso indeseable. Emocionalmente se siente también defraudado con los exiliados republicanos, que no escriben, según él, contra la Dictadura, sino para crear polémicas entre ellos mismos. La sensación de soledad va creciendo cuando sus compañeros y amigos empiezan a emigrar a México, Argentina o Chile. Sin embargo, él decide no marcharse en ese momento, porque se siente totalmente vinculado a Europa y prefiere esperar: aún mantiene la esperanza de que la situación se resuelva.

Pero nada más lejos. En febrero de 1940 una denuncia anónima llega a las oficinas del embajador de España en París, señalando a Max Aub como alemán, nacionalizado español durante la Guerra Civil, comunista, revolucionario y sujeto peligroso. Además, alguien añade a mano la palabra «hebreo¹⁹». Es detenido el 5 de abril y empieza su recorrido por diferentes campos de concentración. Primero, en Roland Garros, desde donde empieza a escribir a amigos para conseguir su liberación, sin obtener resultados. En mayo se recibe en este campo una nota que incluye una lista de «28 extranjeros indeseables», entre los que figura Max Aub, y en la que se recomienda que sean internados de inmediato en el campo de Vernet. Allí pasará un tiempo, hasta el 21 de noviembre, cuando lo ponen bajo arresto domiciliario en Marsella, donde obtiene los papeles necesarios para emigrar, tanto a México como a Estados Unidos. Pero sigue sin partir: su nivel de compromiso es indestructible y decide quedarse en Europa, ayudar a los refugiados y ofrecer resistencia a las tropas nazis. Así que en 1941 es detenido de nuevo y encarcelado durante unos días en Niza. Vuelve entonces a activarse el engranaje de informes y denuncias falsas, creando una imagen de Max Aub totalmente adulterada: comunista, antifrancés, y un largo etcétera que lo lleva de

18. *Ibid.*, p. 80.

19. *Ibid.*, p. 90.

nuevo al campo de Vernet y, más tarde, al campo de Djelfa (reservado para presos políticos peligrosos). Max Aub escribe muchísimas cartas pidiendo ayuda a amigos y también son numerosos los que escriben solicitando su liberación, entre ellos Gilberto Bosques, Cónsul General de México, que solicita que embarque inmediatamente hacia México. Las cartas empiezan a surtir efecto y se considera su liberación: al fin y al cabo, cuenta con los papeles necesarios para salir de Francia y entrar en México. Finalmente, el jefe de la policía administrativa de Casablanca dirige un telegrama al director del campo de Djelfa solicitando su liberación. Sorprendentemente, esta orden se ejecuta sin consultarlo con las autoridades superiores y de forma muy rápida, lo que le ahorrará mucho sufrimiento a Aub, porque días después llegará al campo otra nota que recomienda no liberar a 8 personas, entre ellas Aub, por ser extranjeros extremistas que realizan propaganda antifrancesa²⁰. Afortunadamente para entonces ha conseguido salir y ha llegado a Casablanca, aunque demasiado tarde para embarcar rumbo a México, así que permanece escondido en una maternidad durante tres meses. Consigue llegar a México en octubre de 1942.

Hasta que pasen 15 años Aub no volverá a pisar Europa, pero en ningún momento se desvinculará de ella, bien a través de su escritura, bien intentando ayudar a los compañeros que continúan presos en los campos de concentración. Sigue creyendo en Europa y mantiene la esperanza en Francia. En este sentido, es muy revelador otro artículo, publicado en 1947 y titulado «París, a pesar de todo»: después de la guerra, después de la decepción con Francia, Aub perdona y no olvida a su querido país natal ni en sus textos literarios, poblados de personajes, paisajes y referencias francesas, ni en sus artículos. Volverá a recorrer literariamente las calles y ambientes de París una y otra vez a lo largo de toda su obra:

Après la défaite de l'Espagne républicaine, après les persécutions subies en France, Paris reste présente dans de nombreuses œuvres que Aub écrit pendant les trente années de son exil mexicain. Les déambulations de l'écrivain changent évidemment de nature dans les œuvres qui rendent compte des années de guerre [...] Tant dans Paris intra-muros

20. *Ibid.*, p. 108.

que pour les villes de banlieue, les indications géographiques sont véridiques et précises, faites des trajets qui ont été ceux de Aub pendant les périodes où il a vécu dans la capitale [...] Et si durant plus de quinze ans il ne peut, du fait d'une interdiction de séjour invraisemblable mais bien réelle, revenir à Paris, son œuvre continue d'y «repasser²¹».

No regresa constantemente a París en su obra porque se sienta francés. De hecho, a pesar de que nació en Francia y de que pasó más años en México que en cualquier otro lugar, Aub se siente español: «Ahora tengo que decirles algo: no creo que sea alemán ni francés. Soy español puesto que uno es siempre de donde hace el bachillerato; de donde se hace uno hombre²²». París ocupa un sitio especial en el plano emotivo por representar su infancia, sí. Pero hay algo más: esa ciudad de su niñez supone para él un modelo ideológico y cultural. La capital aparece como un espacio idílico, cosmopolita, una especie de crisol de culturas en constante movimiento, marcado por la diversidad, la vanguardia y la actividad intelectual. París es la nostalgia, el dolor y el deseo de regreso, pero más que a un espacio físico, a un momento idílico para el autor. Un sentimiento de anhelo por un momento pasado que le ha sido arrebatado. Lo que tuvo y ya no tiene y, también, lo que pudo ser y no fue.

Aub está lejos de Europa y la distancia reactiva sus recuerdos. A través de una voz íntima pero anónima, el autor nos lleva a recorrer las calles, los colores y sabores del París de su memoria, donde permanecen el Sena, los autobuses verdes, la calle Lafayette, los puestos de libros viejos o la galería de quesos:

Donde quiera que se esté, uno se acuerda siempre de París [...] Puede estarse donde se quiera, siempre se acuerda uno de París [...] El puesto de periódicos, la columna con los anuncios de los teatros, —las revistas—, la vendedora de castañas asadas, los pomos de violetas... [...] El agua corriendo bajo el bordillo de las aceras, el museo Grévin y el tintinear pueblerino de las entradas de los cines. El falso clásico de Nuestra

21. Gérard Malgat, «París a pesar de todo: Paris dans les déambulations littéraires de Max Aub, entre l'intime et l'universel», *Diablotexto. Revista de crítica literaria*, 7 (2003-2004), p. 71.

22. Gérard Malgat, *Max Aub y Francia o la esperanza traicionada*, op. cit., p. 40. El texto pertenece a la serie de entrevistas realizadas por André Camp.

Señora de Loreto. Del otro lado el boulevard Courcelles, el parque Monceau. ¿Quieres amontonar más nombres²³?

Pero no son las plazas, ni los teatros, ni las calles. Al fin y al cabo, «En todas las partes del mundo hay algo bueno de beber. [...] ¿Dónde no? Hagamos la lista: Barcelona, Berlín, Varsovia, Londres, México, Nueva York, Madrid, Moscú, Madrid, otra vez Madrid, Viena la vieja». Y tampoco es que aquella fuera su mejor época, pues «No es que pasara uno allí los mejores años de su vida; de eso ¡ni hablar!²⁴». No, París se añora por otras razones: es el lugar de la existencia plena, una forma de ser y de sentir:

Y entonces dijo: –París no es una ciudad, sino una manera de vivir. Se está allí de otra manera, viviéndose como en todas partes. [...] En París se tiene confianza en la obra del hombre. No en lo hecho o por hacer. [...] París es una manera de entender el mundo. Una manera especial de estar, de sentirse cómodo. [...] ¿Quién no quiere volver? ¿Quién no se acuerda? ¿Quién no lo añora²⁵?

Hay que destacar ese «Y entonces dijo», única marca de diálogo en un texto, como hemos mencionado antes, íntimo y anónimo. Hasta ese momento parece escrito como una reflexión personal, en la que de repente encontramos el rastro de un interlocutor. Señala Malgat a propósito de este asunto:

Ce texte est assez curieux dans sa forme, car il s'agit ni tout à fait d'un monologue ni d'un dialogue : l'auteur de l'article, Aub donc, écoute l'éloge de Paris exprimé par le monologue d'une voix qui reste anonyme, voix seulement signalée par un "y entonces dijo" et les verbes "dices" (deux fois), "quieres", "puedes" que cet interlocuteur adresse à l'auteur de l'article : peut-être par désir de Aub de ne pas trop personnaliser, par pudeur de ne pas trop exposer directement son passé au regard des lecteurs mexicains ? Au milieu de multiples considérations comparatives visant à faire comprendre au lecteur qu'il ne s'agit pas tant des rues ou des places, des boutiques ou des cafés, lieux ni plus ni moins beaux que dans d'autres

23. Max Aub, «París, a pesar de todo», *Nacional*, 25-08-1947, pp. 4-5.

24. *Idem*.

25. *Idem*.

villes d'Europe, mais plutôt d'une sensation, d'un sentiment que Paris abrite une épaisseur d'existence, de valeur du présent, on trouve cet aveu, signe de la discrète présence, voilée, de l'intime²⁶.

Así pues, ni las calles ni los monumentos, ni la comida ni el vino. París es un sentimiento, una sensación de comodidad al saberse en casa, entendiendo el hogar como un epicentro cultural, ideológico y estético, la ciudad que fue universal. Y es París, pero no Francia: Aub no olvida lo que ha pasado allí, los campos en los que estuvo detenido, cómo Francia les dio la espalda a los que pedían auxilio, a España. Y, por supuesto, tampoco olvida que no se le permite el regreso. Lo afirma tajantemente para cerrar el artículo: «No es por Francia –ese es otro cantar– es por París».

Cabe señalar que volveremos a encontrar este texto años después, en su obra *Jusep Torres Campalans*. En la cuarta parte, el periodista Jordi Avellac, que había vivido casi toda su vida en París, regresa a Barcelona a pasar sus últimos años:

Colaboraba en *La Vanguardia*, donde escribía artículos “de estética”, en los que fundía memorias y hechos recientes, en un estilo modernista –un tanto d’annunziano– que tenía éxito entre los aprendices de escritores de la época. Los solía escribir en la mesa del café y, antes de enviarlos a la redacción del periódico, con un limpiabotas que tenía asalariado para ese menester, leía sus cuartillas a la media docena de “artistas” que le rodeaban en el sofá, bajo el espejo del café; [...].

–Todavía no tiene título, jóvenes ilustres, pero paren mientes²⁷.

A continuación, Avellac lee a los tertulianos su artículo, que prácticamente no se diferencia del publicado por Aub en 1947, apenas cambian algunas palabras y nombres de lugares concretos (el café Flore ahora es Madrid), o determinadas referencias gastronómicas (desaparecen los caracoles y aparecen los *croissants*). Lo más significativo, como señala Malgat, es que:

26. Gérard Malgat, «París a pesar de todo: Paris dans les déambulations littéraires de Max Aub, entre l'intime et l'universel», *op. cit.*, p. 74.

27. Max Aub, *Dos vidas imaginarias. Jusep Torres Campalans. Vida y obra de Luis Álvarez Petreña*. Barcelona: RBA, 2011, pp. 119-120.

Puisque que l'auteur de l'article est "un autre", la tournure impersonnelle "uno" qui apparaissait dans la première version n'est plus nécessaire et la phrase précédemment citée devient : "No que pasara allí los mejores años de mi vida, pero...". Le "mi" devient possible par la distance que la fiction installe vis-à-vis de l'autobiographique. Un Max Aub "que no fue" ce Jordi Avellac²⁸ ?

Pero en 1947 aún queda mucho tiempo para el ansiado regreso a París: pasarán 9 años hasta que vuelva a pisar Europa. Y no será fácil. En 1950 intenta viajar a Europa para visitar a su padre enfermo. En España está Franco y lo ve imposible, así que solicita un visado para Francia, pero su expediente sigue en París, con el mismo contenido, y su petición no tiene éxito. Por tanto, en 1951, muy enojado, escribe directamente una carta a Vincent Auriol. Es una carta dura y sincera, donde Aub retoma el concepto de verdad y llega a decir que no existe, que la verdad es lo que está escrito sobre él, es decir, un personaje que han inventado y que no tiene nada que ver con la realidad:

Es decir, que yo, mi persona, lo que pienso, lo que siento, no es la verdad. La verdad es lo que está escrito. Claro que yo, como escritor, debiera comprenderlo mejor que nadie. Es decir, que lo que vive de verdad son los personajes y no las personas. Miguel de Unamuno lo sostuvo elocuentemente. Yo, Max Aub, no existo: el que vive es un peligroso comunista que un soplón denunció un día, supongo que por justificar su sueldo. Ese soy yo, y no yo, Max Aub, ese que yo conozco y con quien estoy hablando, y que con el mayor respeto le escribe. Tal vez lo esté haciendo con una pequeña esperanza de que este Max Aub de papel que le presento pueda vencer al otro de cartoncillo que tiene fichado la policía²⁹.

No pide misericordia al presidente, sino que rectifique el error y la injusticia que han cometido. Pero Aub no consigue ver a su padre antes de que muera, lo que le sumergirá en un periodo difícil, marcado por la frustración, la crisis interior, el enojo, el desencanto ante los demás intelectuales exiliados e, incluso, la mala salud. En 1956 le

28. Gérard Malgat, «París a pesar de todo: Paris dans les déambulations littéraires de Max Aub, entre l'intime et l'universel», *op. cit.*, p. 75.

29. Max Aub, *Hablo como hombre*. [Ed.] Gonzalo Sobejano. Segorbe: Fundación Max Aub, 2002.

comunican que le han naturalizado mexicano, lo que agrava todavía más esa crisis de identidad que viene arrastrando desde hace años, provocada por la larguísima separación de Europa y por la lucha constante contra ese personaje inventado, que no es él, pero es el que figura en los papeles oficiales y le impide regresar. Lo que escribe en ese momento muestra a la perfección su pesar:

¿Qué soy? ¿Alemán, francés, español, mexicano? ¿Qué soy? Nada. ¿De quién la culpa? ¿Cómo culparme? Y, sin embargo, latente, esa punzadura, ese veredicto: culpable.

Quise ser escritor. ¿Qué soy? ¿Novelista, dramaturgo, poeta, crítico? No soy nada; ahí también, con más razón, la sentencia: culpable.

En el fondo, en el mar que penetra rugiendo en la cueva más baja, la razón: si fueses poeta, novelista, lo que fuera, serías español, mexicano, francés o alemán. Como no lo eres, no eres nada, nada, nada: ni judío siquiera³⁰.

Finalmente, tras varias negativas y dificultades más, gracias a la embajada de México en París y, concretamente, al embajador Jaime Torres Bodet, Aub consigue un visado para una estancia corta y a condición de no ver a españoles. Pero el regreso a Europa y, sobre todo a Francia, no le produce precisamente buenas sensaciones. Encuentra un continente anclado en el pasado, estático: «Aub se sorprende al comprobar hasta qué punto la “vieja Europa” ha permanecido idéntica a la de su recuerdo, en sus modos de vida inalterados, en un espacio-tiempo que parece haberse detenido³¹». Durante su exilio en México, como ya hemos mencionado, Aub es un gran lector de la prensa europea y escribe mucho sobre la vida política francesa, a la que sigue muy de cerca, pero, cuando ese año —diciembre de 1956— regresa a su país natal, es precisamente la situación política con la que se encuentra cara a cara la que le irrita y le produce sentimientos de cólera y exasperación. No puede ocultar su enojo:

Francia, triste, zafia, agria. Se dan cuenta de que han perdido algo —por su culpa— y no lo quieren reconocer. [...] Gran reino de la mediocridad donde los políticos de la Tercera

30. Max Aub, *Diarios (1939-1972)*, op. cit., p. 273.

31. Gérard Malgat, *Max Aub y Francia o la esperanza traicionada*, op. cit., pp. 137-138.

República aparecen como grandes figuras. Viven en el recuerdo y la apetencia de Poincaré, Briand, Caillaux, como si hubiesen sido genios. [...] Esta dependencia francesa, ese fracaso, es nefasto para la libertad española. Franco no puede sino crecerse sobre una Francia débil³².

Las palabras que escribe en ese momento son duras, pero no solo muestran rabia y decepción, sino que, además, intentan dilucidar cómo se ha llegado a esa situación. Su visado apenas le permite permanecer en París unos doce días, y no será hasta 1958 cuando consiga, por fin, uno sin cortapisas, el permiso que tanto tiempo había esperado y que le permitirá regresar sin tantas restricciones. En septiembre de ese mismo año realiza su segundo viaje a Francia, viaje con el que intentará volver a entrar en el mundo literario parisino: firma un contrato para publicar *Jusep Torres Campalans* en francés, escribe en revistas, se reencuentra con viejos amigos, etc. Pero no abandona a los lectores mexicanos: durante su exilio ha colaborado en numerosas publicaciones, pero ahora, desde Francia, tiene por fin la oportunidad de ver con sus propios ojos lo que allí ocurre. Ante lo que encuentra, su respuesta será intentar esclarecer el porqué de la situación nefasta de un país que antes había sido la representación del racionalismo, de lo intelectual e ilustrado. Y lo hace escribiendo cinco artículos para el periódico *Excelsior* en 1959, artículos con los que pretende explicar a los lectores mexicanos la evolución sociológica que ha sufrido el país y que ha desembocado en la situación actual.

En el primero de ellos, Aub, que se presenta como «observador analítico de *Excelsior* en viaje especial», relata el cambio de voto de los franceses del radical socialismo a la «derecha *degauillista*» por desencanto, sobre todo por la actuación en Argel y porque la derecha prometió posicionarse en el centro. Habla de un cambio de gobierno sin revolución, y se plantea qué ha pasado con la política francesa y, especialmente, con los intelectuales:

¿Qué ha sucedido? Todo tiene su explicación; doy la mía, sin pedir crédito. [...] Los intelectuales “de izquierda” franceses que constituyeron, durante cincuenta años, el emblema de su

32. Max Aub, *Diarios (1939-1972)*, op. cit., p. 186.

política, han dejado de contar. Callan. No saben qué decir, "destanteados", como decimos³³.

No solo la guerra de Argelia tiene que ver con la nueva situación: el pueblo está herido en su amor propio, desencantado, malhumorado, cansado. Pero, sobre todo, se ha producido la desaparición de un «foco de atracción»: mientras que todos los grupos políticos han conservado, más o menos, sus partidarios, el grupo radical-socialista ha salido roto de la confrontación popular y la mayoría de sus seguidores han pasado a formar parte de la Unión de la Nueva República. Cierra el artículo preguntándose el porqué de esa derrota y quién tiene la culpa:

Ni siquiera puede echarse la culpa a las divisiones internas del partido radical-socialista, que las conoció desde que tuvo uso de razón; ni tampoco a la falta de personajes relevantes [...] Sencillamente perdieron su clientela, lo mismo los inclinados a la derecha que los que parecían tener aficiones contrarias. ¿Por qué³⁴?

El siguiente artículo, bajo el título de «El Radicalismo», analiza las razones del cambio de pensamiento del pueblo francés y encuentra en las transformaciones socio-económicas el motivo principal. La clave está en la pequeña burguesía, que antes apoyaba el socialismo radical, tranquila porque ese radicalismo no tocaba sus ahorros y podían «ejercer de izquierdas» sin problemas, con seguridad para ellos y para sus hijos: «Acostumbrados a bien comer, amigos del buen beber, agradecían a la vida y a la providencia el haberles hecho el favor de hacerles nacer franceses³⁵». Pero ahora hay que tener en cuenta diversos factores: por un lado, la desaparición del anticlericalismo, que contribuyó al cambio. Por otro, la aparición de la bomba atómica, que hizo que los franceses temieran tanto a los americanos como a la URSS: la destrucción vendría de cualquier lado, pero llegaría, y de nada servirían sus ahorros y bienes:

33. Max Aub, «Explicación de Francia. No explica la implantación de la Nueva República Gala, lo de Argel», *Excelsior*, 01-03-1959, pp. 7-8.

34. *Ibid.*, p. 8.

35. Max Aub, «Explicación de Francia. El Radicalismo», *Excelsior*, 02-03-1959, p. 7.

Ante esta perspectiva, ratificada diariamente por tirios y troyanos, el francés, conocido por su amor al ahorro y desconocimiento de la geografía, varió —en estos aspectos— del todo en todo. En vez de atesorar se puso a comprar bienes de consumo y se echó a conocer el mundo a su alcance³⁶.

Señala Aub que lo que más le sorprende es el inconmensurable número de coches que llenan las carreteras francesas y europeas: el francés medio ha dejado de ahorrar, ahora compra bienes de consumo y ha empezado a viajar. Todos tienen coches y el mundo se llena de franceses alegres con ganas de vivir. Aparecen el consumismo y las compras a plazos, que necesitan un gobierno estable. Y a esta situación se suma, además de los pequeños burgueses, un proletariado que goza de sueldos decentes: los votantes del socialismo radical.

En el tercer artículo, titulado «Una izquierda sin filosofía», Aub achaca la culminación del desastre del partido radical-socialista a una clara falta de ideología de la izquierda, inmersa en un contexto en el que otros factores (como la creación de un partido social católico o el miedo atómico, entre otros) no hacen sino acabar de rematar a un país que, si bien antes era ejemplo de pueblo ahorrador y positivista, ahora es solo una víctima más del capitalismo y la sociedad de consumo. Habla de una izquierda sin ideario: los escritores, filósofos y, sobre todo, la gente en general, encajan, desde su punto de vista, en los párrafos de la *Francia bizantina*. De hecho, cierra el artículo citando unos párrafos de la obra de Julien Benda, en la que el autor francés afirma que la enseñanza moral de la literatura francesa del último medio siglo hace apología, entre otras cosas, del maquiavelismo y de la adhesión mística al dogma católico, y exalta la abyección humana, la indiferencia y la moral guerrera.

El desencanto, la pérdida de valores, el comunismo y el socialismo por vías poco claras y viciadas han creado una situación lamentable. Describe al pequeño burgués francés como aquel que «ya no se pregunta cuánto va a poder ahorrar sino cuánto va a poder gastar al año³⁷». Pero es sin duda, en opinión de Aub, esa falta de filosofía por parte de la izquierda la que ha provocado su derrumbamiento:

36. *Idem*.

37. Max Aub, «Explicación de Francia. Una izquierda sin filosofía», *Excelsior*, 03-03-1959.

es la falta de una base filosófica propia y apropiada a la izquierda francesa. El radicalismo, el de la buena época, el que hizo de Francia espejo de libertades, paradigma de tantos países de segundo orden, carece hoy de una base ideológica. Lo cual explica más claramente que cualquier otra cosa, su derrumbamiento³⁸.

Si Francia era el país de la razón, ahora los «hombres de izquierda» han adoptado una filosofía irracionalista, idéntica a la de Heidegger. Y señala Aub que lo mismo ocurrió en la España de José Ortega y Gasset, al que se refiere como «oráculo de las izquierdas burguesas peninsulares, influido por la misma fenomenología germánica³⁹». Y, para ilustrar esta idea, Aub cita un fragmento de una novela de José Corrales Egea, inédita aún en ese momento y que hace referencia a los pensamientos de un joven falangista:

Durante mi racha izquierdista leí obras de Unamuno, los ensayos que publicaba en "Ahora", y dos o tres libros de Ortega. Al primero no he llegado a entenderlo; me parece oscuro y contradictorio. El segundo me gusta más, y creo que ha influido sobre mí. Siempre me opuse a que se le atacase, y cuando algún camarada pretendía meterlo en el mismo saco de los liberales le recomendaba que lo leyera con atención. No comprendo, en efecto, por qué no lo hemos reivindicado; ha sido sin duda un error, pues Ortega es en el fondo un falangista que se ignora. [...] Ortega coincide con nosotros además en su desprecio a los anglosajones, a los franceses y a los pueblos vulgares sin espíritu guerrero como los nórdicos. Al mismo tiempo admira a los alemanes casi hasta la exageración, y el único defecto que le encuentro es que en su ansia por apartarnos de los pueblos ramplones e industrialistas, pacifistas y parlamentarios, pretendía convertirnos en germanos, lo que tampoco me parece bien⁴⁰.

No hay que olvidar que Max Aub siempre estuvo muy interesado en las publicaciones de Ortega. Destacó en varias ocasiones la importancia de sus revistas, especialmente de *Revista de Occidente*, de la que era lector asiduo y a través de la cual conoció las teorías

38. *Idem.*

39. *Idem.*

40. *Idem.*

de Heidegger, Pirene o Husserl, entre otros. Sin embargo, siempre tuvo una opinión crítica con respecto a Ortega y reconoció en varias ocasiones que no comulgaba con sus ideas. De hecho, en el *Discurso de la novela española contemporánea* había dedicado un capítulo al filósofo titulado «La culpa de Ortega»:

José Ortega y Gasset, escritor elegante, experto expositor de novedosas teorías extranjeras, muy dispuesto a confundir el mundo con su mundillo, husmeador europeo, confundiendo el olor de la cocina con el del tiempo, presuntuoso de su inteligencia de verdad superior, inconsciente de su autoridad por desprecio de los demás, ligero y jugueteón porque así se lo mandaba la escuela, produjo graves males irreparables⁴¹.

El texto continúa señalando el error que cometía Ortega cuando afirmaba que en España «lo intelectual» no estaba valorado. Sin embargo, en opinión de Aub, era exactamente lo contrario y, dirigiéndose a Ortega, añade:

Lo que sucedía es que al intelectual no le daban el trato zalamero que usted añoraba. Lo que usted sentía es que no le lamieran los zancajos, no le llamaran maestro, ni le hicieran tiernas caravanas académicas a lo francés, o porque faltara cierta rigidez profesoral germánica en las reuniones⁴².

Habla también en este *Discurso* del desprecio de Ortega a los demás, al pueblo en general, al hombre medio («No se le ocurre pensar que él puede ser un hombre medio. No, él es excepcional⁴³»), y de cómo ese desprecio que inunda toda su obra. Por tanto, la opinión de Aub sobre Ortega, su filosofía y su obra, estaba clara desde ya hacía mucho tiempo.

El cuarto artículo de la *Explicación de Francia* pone de manifiesto cómo los grandes políticos están sometidos a la dictadura de la reaccionaria e inamovible Administración y, sobre todo, a sus jefes:

De hecho, la gran victoriosa es la Administración —con mayúscula—. [...] Todas las reformas llevadas ahora al cabo estaban previstas por la Administración y sirven, ante todo,

41. Max Aub, *Discurso de la novela española contemporánea*, op. cit., p. 151.

42. *Ibid.*, p.153.

43. *Ibid.*, p.159.

para reforzar su poder, de acuerdo, naturalmente, con el capital financiero, así este, según rumores sea algo más liberal⁴⁴.

Señala que las últimas reformas son de todo menos revolucionarias, lo que es muy acorde con el sentimiento dominante en Francia: la gran novedad gala es la sumisión a los que tienen el poder. El fascismo acecha y Francia puede caer en cualquier momento: «Se dan hoy en Francia, "a priori", las condiciones de un Estado fascista⁴⁵». Estamos ante una política sin ideales (o políticos sin ideales), en un contexto en el que los que tienen el poder no cambian nada.

La serie de artículos se cierra con «Argelia: esperanza y peligro». Faltan aún unos años para que se resuelva la guerra con la proclamación de independencia de Argelia. Aub manifiesta sus preocupaciones ante lo que puede pasar si no termina ya el conflicto y vuelve a arremeter contra los intelectuales, concretamente, contra su no actuación: «Por otra parte, los intelectuales argelino-franceses, que podían haber jugado un papel muy importante en la conciliación, se han acoquinado, siguiendo el ejemplo de los metropolitanos⁴⁶». Teme que, si la situación no se resuelve y surge una crisis económica, impere en Francia «un orden parecido al que mantiene Francisco Franco en España⁴⁷». Sin embargo, mantiene la esperanza en la tradición francesa, en su moral progresista, como demuestra el último párrafo, que sirve de cierre para el artículo y para su *Explicación*:

Contra todo esto queda la idea de Francia, clavada en la pared de la Historia imperecederamente. Quiérase o no, Francia sigue representando para mucha, muchísima gente, la idea del progreso moral. Otras naciones han andado más camino en lo material, en el progreso de las ciencias, disociando los fines del hombre, sin tener en cuenta la "condición humana". Las humanidades aún conservan, en el espíritu de muchos, una faz francesa. ¿Será suficiente esta tradición –sin duda viva, todavía en el cuerpo galo– para retenerla e impedir el deslizamiento del Estado francés por caminos nada gratos a la

44. Max Aub, «Explicación de Francia. Del fascismo latente», *Excelsior*, 04-03-1959.

45. *Idem*.

46. Max Aub, «Explicación de Francia. Argelia: esperanza y peligro», *Excelsior*, 05-03-1959.

libertad? Con Francia nunca se puede desesperar. El general De Gaulle parece ser una garantía. Tal vez sea un milagro. No sería el primero realizado a orillas del Sena⁴⁸.

En estas últimas palabras queda patente la ilusión que aún alberga en Francia y, sobre todo, la idea de lo que este país representa: paladín de las libertades humanas y símbolo del progreso moral. Pero desde 1940, con el derrumbamiento de la República francesa –y sin olvidar la derrota republicana en España–, ha perdido sus valores. Los acontecimientos políticos que llevan a la derrota radical socialista son analizados por Aub con minuciosidad y se muestra muy crítico con las transformaciones socio-económicas del país, factor decisivo que cambia el modo de ser y la ideología de los franceses, convertidos ahora en una sociedad de consumo ansiosa por disfrutar de la vida. La izquierda carece de una base filosófica apropiada y el fascismo acecha a la vuelta de la esquina.

En conjunto, a través de estos siete artículos se pone de manifiesto la gran capacidad del Aub cronista y su empeño por comprender lo que está ocurriendo. Pone al servicio de la búsqueda de la verdad toda su energía, memoria y conocimiento, y encuentra en la escritura la mejor forma de llegar a ella. Escribe, sin lugar a duda, para dar testimonio, para contar su historia, que es también la de Francia. Asimismo, queda patente su apego por los valores heredados de la Francia ilustrada, que ahora se tambalean, pero en los que no pierde la esperanza. Francia, y especialmente París, son emblema de lo intelectual y cultural, representan la moral progresista y los ideales que serían, según Aub, la solución a los conflictos del momento. Comprometido y preocupado hasta el final, Max Aub espera que se produzca el milagro mientras contribuye con sus textos al esclarecimiento de la realidad y a la comprensión de la historia, porque «por su personalidad Aub es precisa e irreductiblemente eso: un republicano, enciclopedista universal, difusor de ideas y propagador de cultura⁴⁹», pues estaba convencido de que el escritor debe involucrarse con los conflictos históricos, sociales y políticos de su tiempo. Sirvan para ilustrar esta idea las palabras del propio Aub, al referirse a los escritores del nuevo realismo literario: «Se han acercado al ambiente no

48. *Idem.*

49. Gérard Malgat, *Max Aub y Francia o la esperanza traicionada*, op. cit., p. 275.

con afán de describirlo, sino de comprenderlo y emitir juicio, y esta es la diferencia fundamental con el naturalismo pasado: el escritor, ateniéndose a la realidad, *toma partido*³⁰.